

La calle para el martes 15 de enero de 2008  
Diario de un espectador  
El murciélago  
por miguel ángel granados chapa

De golpe y porrazo, en su primera y breve obra escrita en un idioma que hasta hacía no mucho le era ajeno, Andrés Henestrosa dio cuenta de sus amplias posibilidades de escritor, que el tiempo no haría más que confirmar. Con motivo de su muerte, ocurrida el jueves pasado, se ha recordado esa ópera prima, *Los hombres que dispersó la danza*, un conjunto de leyendas y mitos zapotecos. Es una obra tan vigente que, aparecida por primera vez en 1929, dio pie a que el año pasado, casi ochenta años después, sirviera como base para la edición de *Bigú y otras leyendas zapotecas*, una versión de Andrés Henestrosa para niños, publicado en su colección Biblioteca infantil por la Dirección general de bibliotecas. De allí reproducimos *El murciélago*:

“Las mariposas que hoy vemos, ingravidas, que se pueden posar en las flores, en la superficie de las aguas y hasta en las trémulas ramas del aire, no son otra cosa que una fracasada imagen de lo que el murciélago fue en otro tiempo: el ave más bella de la creación. Pero no siempre fue así. Cuando la luz y la sombra echaron a andar, era como ahora lo conocemos y se llamaba biguidibela: biguidi, mariposa, y bella, carne; mariposa en carne, es decir, desnuda. La más fea y desventurada de todas las criaturas era entonces el murciélago. Y un día, acosado por el frío, subió al cielo y dijo a Dios:

--Me muero de frío. Necesito de plumas.

Y como Dios, Aunque no cesa de trabajar no vuelve las manos a tareas ya cumplidas, no tenía ninguna pluma. Así que le dijo que volviera a la tierra y suplicara en su nombre una pluma a todas las aves. Porque Dios da siempre más de lo que se le pide. Y el murciélago, vuelto a la tierra, recurrió a aquellos pájaros de más vistoso plumaje. La pluma verde del cuello de los loros, la azul de la paloma azul, la blanca de la paloma blanca, la tornasol de la chuparrosa, su más próxima imagen actual; todas las tuvo el murciélago. Y orgulloso volaba sobre las sienas de la mañana, y las otras aves, refrenando el vuelo, se detenían para admirarlo. Y había una emoción nueva, plástica, sobre la tierra. A la caída de la tarde, volando con el viento del poniente, coloraba el horizonte. Y una vez, viniendo de más allá de las nubes, creó el arcoriris, como un eco de su vuelo. Sentado en las ramas de los árboles abría alternativamente las alas, sacudiéndolas en un temblor que alegraba el aire. Todas las aves comenzaron a sentir envidia de él; y el odio se volvió unánime, como un día lo fue la admiración.

“Otro día subió al cielo una parvada de pájaros, el colibrí adelante. Dios oyó su queja. El murciélago se burlaba de ellos; además, con una pluma menos padecían frío. Y ellos mismos trajeron el mensaje celestial en que se llamaba al murciélago. Cuando estuvo en la casa de allá arriba, Dios le hizo repetir los ademanes que de aquel modo habían ofendido a sus compañeros: y agitando las alas se quedó otra vez desnudo. Se dice que todo un día llovieron plumas del cielo.

“Y desde entonces sólo vuela en los atardeceres en rápidos giros, cazando plumas imaginarias. Y no se detiene, para que nadie advierta su fealdad.”

La primera edición de *Los hombres que dispersó la danza* fue patrocinada por una singularísima mujer, Antonieta Rivas Mercado. Rica desde joven porque la heredó en vida su padre, el arquitecto de igual nombre famoso por haber concebido el edificio de la secretaría de Educación pública, Antonieta era una hermosa mujer culta, que puso sus bienes al servicio de la cultura y, más tarde, de la política también. Fue la mecenas de un grupo de teatro llamado *Ulises*, y los escritores llamados *Contemporáneos*, y aun la orquesta sinfónica mexicana, todos tuvieron ayuda de su mano. La tuvo también José Vasconcelos, a cuya campaña política se unió. Después moriría por él.